

La Madre del Verbo – historia y teología de la invocación

Dariusz Pielak svd

Moscú

Sería superfluo decir que la devoción a la Virgen María ocupa un lugar eminente en la vida de la Iglesia Católica. Esa importancia se nota en la piedad popular, en la voz de la Iglesia jerárquica y en las investigaciones de los teólogos. Hoy en día, la mayoría de los santuarios más populares son marianos, en las casas de los fieles abundan imágenes de la Madre de Dios, los documentos eclesiales suelen terminar con una oración a la Virgen, sin importar a qué tema se refieran. No debe sorprender por lo tanto, que también en el área de la pastoral bíblica queramos acercarnos al tema mariano. En esta ponencia intentaremos demostrar que la invocación “La Madre del Verbo” nos lleva más allá de la devoción mariana, mostrándonos las raíces mismas de nuestra fe.

En el ámbito del idioma castellano hay dos versiones de esta invocación mariana: “La Madre del Verbo” y “La Madre de la Palabra”. Todo depende de cómo se traduce la palabra griega “Logos” del Prólogo del Evangelio de Juan. Las traducciones clásicas ponen “El Verbo”, mientras que las versiones modernas, entre ellas las de más autoridad, como puede ser “La Biblia del Peregrino” de Luis Alonso Schockel, o “La Biblia de Jerusalén”, ponen “La Palabra”. Da la impresión de que la palabra “verbo” en el idioma castellano moderno perdió en gran parte su connotación teológica y se entiende principalmente como categoría gramatical. Pero hay otro factor muy importante – se trata de la traducción del término original griego, la cual suscita tantas dificultades y tanto empobrece el término original, que en más de una ocasión se oyen propuestas de dejar simplemente la palabra “Logos” y explicarla por medio de un breve comentario. Y es que el término “Palabra” sigue siendo un término gramatical, sin poder expresar el dinamismo propio del “Logos”. Aunque parezca increíble, este aspecto es bien entendible también a nivel de la cultura popular, y prueba de eso es la canción de un cantante guatemalteco, Ricardo Arjona, “Jesús es Verbo, no Sustantivo”. En esta ponencia, y sin apegarme mucho a este término, voy a utilizar principalmente la variante “La Madre del Verbo”.

Una inspiración muy fuerte para dedicarme a este tema vino de parte del XII Sínodo de los Obispos dedicado a “La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia”, y de la Exhortación Apostólica “Verbum Domini” de Benedicto XVI. En ese documento el Papa utiliza en relación a la Virgen el título “Mater Verbi Dei” y lanza el siguiente llamado: “Es necesario ayudar a los fieles a descubrir de una manera más perfecta el vínculo entre María de Nazaret y la escucha creyente de la Palabra divina. Exhorto también a los estudiosos a que profundicen más la relación entre *mariología y teología de la Palabra*. De esto se beneficiarán tanto la vida espiritual como los estudios teológicos y bíblicos” (VD 28). Que esta ponencia sea una pequeña contribución a la tarea propuesta por nuestro “Papa emérito”.

1. Historia de la invocación “La Madre del Verbo”.

La invocación “La Madre del Verbo” o “La Madre de la Palabra” no se resuena a menudo en la vida eclesial. Podemos encontrarla principalmente en el ámbito de las instituciones eclesiales vinculadas con la idea teológica del Verbo de Dios, como pueden ser diferentes movimientos (por ejemplo el movimiento “Verbum Dei”, o la Sociedad del Verbo Divino) o áreas de pastoral, especialmente la pastoral bíblica, pero a veces también los que trabajan con la palabra, o sea los periodistas (en mi Polonia natal un periódico católico cada año entrega un premio que se llama “Mater Verbi”). No sorprende, por lo tanto, que dicha invocación es vista como algo novedoso y vinculado con un sector reducido de la Iglesia.

1.1. La invocación “La Madre del Verbo” en los textos devocionales.

La invocación “La Madre del Verbo” no es nueva y en cierto sentido estuvo presente en la Iglesia desde el principio. Tal vez el problema radique en la ausencia de esa invocación en las oraciones más populares. La idea de la “Madre del Verbo” aparece a veces de forma indirecta, como en la famosa coplilla de san Juan de la Cruz: “Del Verbo Divino la Virgen preñada viene de camino si le dais posada”.

La oración más difundida en la que encontramos la expresión “Madre del Verbo” es conocida bajo su título latino “Memorare” o por su supuesto autor “Oración de san Bernardo”. El testimonio más antiguo de esa oración procede del siglo XV. Su gran popularidad se debe a un sacerdote parisiense del siglo XVII -Claude Bernard. Con el tiempo los fieles confundieron la familia de ese gran apóstol barroco con el santo monje medieval y gran venerador de la Virgen María – san Bernardo de Clairvaux.

Lamentablemente, la traducción española perdió el juego de palabras que contiene la versión original latina: “Noli, Mater Verbi, verba mea despiciere” (Oh, Madre de la Palabra, no desprecies palabras mías). En español leemos una traducción muy libre y lejana del original: “¡Oh Madre de Dios! No desechéis mis súplicas”. Ese juego de palabras en la versión latina parece una tortura para los traductores de dicha oración. Y así, por ejemplo, la versión portuguesa dice: Não desprezeis as minhas súplicas, ó Mãe do Filho de Deus humanado. En algunas versiones (inglesa, algunas versiones francesas) se agrega la inexistente en el original concretización “Madre del Verbo encarnado”, o en la versión rusa “Madre del Verbo eterno”. Estas concretizaciones tal vez sean una prueba de que hasta hoy día la noción de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad – el Logos – sigue creando problemas de entendimiento, como lo estuvo haciendo durante toda la época patrística. En otras palabras: el patriarca constantinopolitano -Nestorio- sigue teniendo sus seguidores en pleno siglo XXI.

1.2. María de Nazaret – la Madre del Logos.

De la invocación mariana “La Madre del Verbo” podemos hablar desde el momento en que al Hijo de Dios se le llamó “Logos-Verbo-Palabra”. No sabemos en cuál de los escritos novotestamentales ese título cristológico aparece por primera vez. Por tradición pensamos en el Prólogo del Evangelio de san Juan. Aunque también el comienzo de la carta a los Hebreos ve al Hijo de Dios como la Palabra pronunciada por el Padre. En cuanto al Prólogo de Juan, allí se habla primero de la preexistencia del Logos (“Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios” (Jn 1, 1) - traducción clásica de Nacar-Colunga) y a continuación se dice que ese Verbo “se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1, 14). Esa materialización del Verbo Eterno se realizó de forma natural, propia de un ser humano, excepto el hecho de la concepción, en el seno de María de Nazaret. Por eso desde el momento, cuando al Hijo de Dios se le dio el nombre de “El Verbo”, a su Genitora con razón se la puede llamar “La Madre del Verbo”.

1.3. La Madre del Logos en la época patrística.

Aunque en los escritos patrísticos encontramos menciones de la Virgen María, la mariología como tal no se destaca por ser un área privilegiada de la preocupación teológica de los padres. Sin embargo, está presente de una forma implícita, especialmente en las querellas acerca de la naturaleza del Logos. Cuando se habla de la naturaleza humana del Logos, de su encarnación, de su corporeidad, podemos ver de forma implícita a un ser humano concreto gracias al que dicha encarnación pudo realizarse – a la madre física del Verbo hecho carne. Los padres de la Iglesia en muchos de sus escritos no ven la necesidad de transmitir a cada paso la identidad de la madre del Logos y como san Pablo, la dejan en el anonimato: “más al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer” (Ga 4, 4).

La Madre de Jesús irrumpe en el centro mismo de las discusiones teológicas en el concilio de Éfeso (ese mismo Éfeso, a donde -según una de las tradiciones- san Juan, el Evangelista del Verbo, se llevó a la Madre de Jesús, cumpliendo así el testamento que el Maestro le dejó antes de la muerte: “He ahí a tu Madre” (Jn 19, 27). La convocación del concilio de Éfeso fue provocada ante todo por los pronunciamientos del patriarca de Constantinopla – Nestorio. Su negación de la unión hipostática, o sea, la convicción de que un ser humano no pudo dar a luz a Dios, sino a un hombre en el que posteriormente habitó Dios, llevaron a una crisis muy fuerte no solamente entre la élite teológica de aquel entonces, sino hasta entre la gente simple. El término “Theótocos” (la traducción literal al castellano: “La que dio a luz a Dios”) llegó a ser la prueba más simple y contundente de la ortodoxia cristiana durante y después de aquel Concilio.

A partir de aquel momento el término “La Madre de Dios”, “La que dio a luz a Dios” (Theótocos) entró con pleno derecho de ciudadanía a la teología y -ante todo- a la piedad cristiana. No es así con el término “La Madre del Verbo”. Aunque las discusiones circulaban alrededor del término “Logos-Verbo-Palabra”, el título “La Madre del Verbo” no entró en el lenguaje de la piedad popular, quedándose ante todo en el ámbito teológico, y no como una expresión hecha, sino más bien como una idea, para expresar la maternidad de María en relación con el Verbo. Si bien no se encuentra la expresión “La Madre del Verbo”, no es raro encontrar expresiones de tipo “María, que dio a luz el Verbo”, o “el Verbo de Dios, nacido de María”.

2. La base teológica de la invocación “La Madre del Verbo”.

Sin hacer una investigación detallada de la invocación “La Madre del Verbo”, vamos a pasar a una expresión teológica que podemos encontrar tanto en la época patristica (en san Agustín), como en la teología medieval (san Buenaventura), como en la teología moderna (Concilio Vaticano II). Al mismo tiempo, dicha expresión puede servirnos de base teológica para una buena y profunda fundamentación de la invocación “La Madre del Verbo” y para una posterior propuesta de un posible uso de esa invocación en nuestra vida espiritual y en la acción pastoral.

Tanto Agustín, como Buenaventura, y siguiéndolos a ellos, el Vaticano II, establecen una conexión entre la escucha de la palabra de Dios por parte de María y la encarnación del Verbo. En la formulación del Concilio esta idea suena de la siguiente manera:

“La Virgen María, que al anuncio del ángel recibió al Verbo de Dios en su alma y en su cuerpo y dio la Vida al mundo, es reconocida y venerada como verdadera Madre de Dios y del Redentor” (Lumen gentium, 53).

En primer lugar vamos a prestar atención al modo específico en que María llegó a ser “Theótocos” - la Madre de Dios. Este hecho único fue posible gracias a que ella recibió al Verbo (la Palabra) de Dios de una doble manera: primero en el alma y luego en el cuerpo. La traducción española expresa la palabra latina “corde” (corazón) con el término de “alma”. Es un cambio discutible. Entre los pocos textos evangélicos en los que aparece la Virgen María, encontramos un testimonio importante de san Lucas, donde leemos que “su madre conservaba todo esto (estas palabras) en su corazón” (Luc 2, 49). En el lenguaje bíblico “el corazón” representa el espacio donde el ser humano recibe la palabra de Dios. Este hecho tiene su relevancia en el lenguaje devocional de hoy en día, en el que se nota a menudo una notable ausencia de contenido bíblico.

Y así - el primer paso es la decisión de fe, de la Virgen. San Agustín habla de eso de la siguiente manera:

«Entre la multitud ciertas personas dijeron admiradas: “Feliz el vientre que te llevó”; y Él: “Más bien, felices quienes oyen y custodian la Palabra de Dios”. Esto equivale a decir: también mi madre, a quien habéis calificado de feliz, es feliz precisamente porque custodia la Palabra de Dios; no porque en ella la Palabra se

hizo carne y habitó entre nosotros, sino porque custodia la Palabra misma de Dios mediante la que ha sido hecha y que en ella se hizo carne» (*Tratados sobre el evangelio de Juan*, 10,3).

La Virgen antes de llegar a ser madre, llegó a ser fiel discípula. Y su decisión de fe, el cumplimiento de la palabra anunciada por ángel, desembarca en unas consecuencias concretas, importantes no sólo para ella, sino para toda la humanidad. El Concilio dice, que ella “dio Vida al mundo”.

Vale remarcar, que en esta cita del Concilio podemos ver el título de “Madre del Verbo de una forma implícita. Se dice que la Virgen aceptó al Verbo “en su alma y en su cuerpo”, pero después de constatar la maternidad de María en relación al Verbo se la llama “Madre de Dios y del Redentor”.

Esta es la más simple y profunda teología referente a la invocación “La Madre del Verbo”: siguiendo el ejemplo de la Virgen, aceptamos la palabra anunciada, para que se vaya realizando el proyecto de vida que Dios tiene para este mundo, en nuestra diminuta, pero irremplazable historia de salvación de cada uno.

3. “La Madre del Verbo” - figura de la Iglesia.

3.1. Palabra de Dios – germen de una vida nueva en Cristo.

De la palabra de Dios se dice en la Biblia, que es una realidad dinámica, que dispone de su fuerza propia. Por eso el profeta Isaías la compara con la lluvia, que no vuelve a los cielos sin haber producido fruto en la tierra, y Jesús en los evangelios la compara con una semilla (Mt 13) o con un grano de mostaza, que crece por sí mismo (Mc 4).

En otros textos encontramos una realidad aún más profunda. El proceso del surgimiento de la fe y de la vida nueva en Cristo se compara con la gestación de un niño. El apóstol Santiago dice en su carta: “El Padre de las luces (...) de su propia voluntad nos engendró por la palabra de la verdad, para que seamos como primicias de sus criaturas” (St 1, 17-18). De una manera similar se expresa san Pedro en su primera carta, diciendo de los cristianos que “han sido engendrados no de semilla corruptible, sino incorruptible, por la palabra viva y permanente de Dios” (1P 1, 23).

Por una parte, estos textos no contienen una novedad, pero por otra, parece que el mecanismo del surgimiento de la fe en el corazón, presentado en ellos, no concuerda con la imagen a la que nos acostumbramos ver en la Iglesia católica. Y es que la Iglesia católica a menudo peca de poner un acento primordial en la actuación de la gracias en los sacramentos y no tanto en la actuación de la fuerza de la palabra. Por eso podemos correr el riesgo de ver el inicio de la fe principalmente el momento del bautismo. El Catecismo de la Iglesia Católica dice al respecto: “El santo Bautismo es el fundamento de toda la vida cristiana, el pórtico de la vida en el espíritu (*"vitae spiritualis ianua"*) y la puerta que abre el acceso a los otros sacramentos” (CIC 1213).

Y sin embargo es la fe, la precondition indispensable para el bautismo. Y, en el surgimiento de la fe, la función principal la cumple la palabra de Dios. De ese vínculo místico nos habla San Pablo en la carta a los Romanos: “La fe viene de la predicación, y la predicación, por la palabra de Cristo” (Rm 10, 17; BJ). Vemos entonces, en la palabra de Dios una tendencia a anticipar a otras realidades de fe. Ese factor hemos de tener en cuenta en nuestra acción pastoral en el mundo que se está alejando de la fe. Parece que el camino de la Iglesia no pasa tanto por intentos de restitución de las tradiciones antiguas o por la creatividad en la invención de métodos nuevos, sino más bien por la profundización de la escucha de la palabra, como fuente de fe.

3.2. La maternidad de los cristianos.

El Papa Juan Pablo II dijo en una ocasión que los textos sobre la Virgen María no son frecuentes en la Biblia, pero tienen una sorprendente profundidad teológica. De hecho, la Virgen

aparece en todos los momentos más significativos de la vida de su Hijo – desde la Encarnación, hasta la venida del Espíritu Santo. Hay, sin embargo, un texto que a más de un lector del Evangelio causó dolores de cabeza. Se trata de la escena, cuando la madre y los hermanos de Jesús vienen en su busca. Jesús de una forma tajante corta las relaciones de sangre, subrayando la importancia principal de la familia espiritual: “Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre” (Mc 3, 35; BJ). En este texto podemos ver no más que un cierto paralelo entre la familia de sangre y la familia espiritual, sin prestar mucha atención a los roles específicos (hermano, hermana, madre). Sin embargo, a la luz de nuestras reflexiones anteriores podemos arriesgarnos a ir un paso más adelante e identificarnos no sólo en función de la fraternidad de la comunidad espiritual, sino también en la maternidad con relación a Jesús.

En realidad, si la palabra de Dios engendra en nosotros una vida nueva, entonces se puede hablar de una maternidad espiritual de los cristianos. En la exhortación “Verbum Domini” el papa Benedicto escribe: “San Ambrosio nos recuerda que todo cristiano que cree, concibe en cierto sentido y engendra al Verbo de Dios en sí mismo: si, en cuanto a la carne, sólo existe una Madre de Cristo, en cuanto a la fe, en cambio, Cristo es el fruto de todos. Así pues, todo lo que le sucedió a María puede sucedernos ahora a cualquiera de nosotros en la escucha de la Palabra y en la celebración de los sacramentos” (VD 28).

3.3. El esquema teológico.

Lo anteriormente dicho podemos reflejarlo en un esquema. Nuestro esquema contiene dos realidades principales. La realidad divina está presente a través de la Palabra Eterna, el Hijo de Dios, que se encuentra en la cima del triángulo. Abajo vemos “la palabra” con minúscula, es decir, la palabra con la que Dios se dirige a nosotros. No es sólo la Biblia, sino lo que el papa Benedicto en “Verbum Domini” llama “la sinfonía de la palabra”. Dios nos habla a través de la Biblia, pero no sólo, su voz resuena en nuestros corazones en forma de inspiraciones del Espíritu Santo, en la Iglesia, en la realidad y en la naturaleza.

La voz viva de Dios oyó la Virgen María en el anuncio del arcángel Gabriel. Gracias a su obediencia de fe el Verbo se hizo carne en ella y dio vida al mundo. La Virgen es la figura de la Iglesia, por eso del otro lado del triángulo estamos nosotros que también tenemos la posibilidad de escuchar a Dios que se dirige de múltiples formas a nosotros (individualmente y colectivamente), y a través de la obediencia de la fe dejar que se geste en nosotros una vida nueva de gracia.

Conclusión

Cuando por primera vez leí la exhortación del papa Benedicto a “descubrir de una manera más perfecta el vínculo entre María de Nazaret y la escucha creyente de la Palabra divina”, me pareció una tarea poco atrayente, puesto que no esperaba encontrar nada de lo que no se hubiera dicho. Por una parte es así – las ideas presentadas no contienen una novedad. Tal vez lo novedoso radica en el hecho de agruparlas bajo un denominativo común, que es la invocación “La Madre del Verbo”. Hemos intentado demostrar la antigüedad, la profundidad teológica y la necesidad práctica de esta invocación en la Iglesia católica.

Una profundización teológica del rol de la Virgen María en la historia de la salvación y en la vida actual de la Iglesia parece muy necesaria, puesto que la rica y muy difundida devoción mariana necesita ser evangelizada, y a la inversa, la Palabra de Dios debería ir ganando más y más espacio en las casas y en los corazones de los fieles. Ojalá con la ayuda de la Virgen María el pueblo de Dios se ponga a la escucha de lo que “el Espíritu habla a las Iglesias”.

Con la ocasión de la celebración del Año de la Madre del Verbo de Dios en Rusia los obispos católicos rusos se dirigieron a la Santa Sede con la petición de introducir la invocación “La Madre del Verbo” en las letanías lauretanas y de establecer la fiesta de la Madre del Verbo para el día 26 de marzo. Hay que subrayar que el día de la Anunciación litúrgicamente no es una fiesta mariana, sino una fiesta del Señor, por lo que al establecer una memoria especial de la Madre del

Verbo podría lograrse una acentuación más profunda de la encarnación del Verbo el día 25 de marzo y la importancia del cumplimiento de la voluntad de Dios por parte de María el día 26 de marzo. Además, en más de una ocasión las fiestas marianas siguen a las fiestas del Señor (por ejemplo, Pentecostés y la fiesta de María, Madre de la Iglesia). La respuesta de la Santa Sede era negativa. El Vaticano no ve la necesidad de introducir estas novedades.